

---

## XIX

Depósito de Crottom.—El carruaje.—El carretón y el carrito de mano.—Su influencia.—Nuestros hombres de á caballo.—Un Carnaval intempestivo.—La gran Procecion.—Los grandes calores.—Emigraciones.—Fiasco del Carnaval.—Más calor.—Un ataque á las garantías individuales.

**E**L inmenso estanque capaz de contener 150 millones de galones de agua, es de mampostería, con robustísimos estribos de granito: sobre esas murallas, ó mejor dicho, de ellas se ha formado un paseo alzado sobre la ciudad, con sus árboles, jardines y calzadas: según el cálculo de los peritos, lo que se llama el Lago de Crottom puede cubrir 400 acres de tierra, recibir quinientos millones de galones imperiales de agua, y descargar treinta y cinco millones.

—¡Esto es magnífico! Esto es estupendo, esto es digno de los mejores tiempos de Babilonia y Roma, decia yo á

Manuel, quien reia, y quien me decia con cierta zonga que no dejaba de arderme:

—Cuidado, señor, cuidado, que tal me parece que se va vd. ayankando.

El depósito de Crottom costó 15.000,000 de pesos.

Quisiera no escribir esto, porque envilece y humilla cómo se trata la cuestion de aguas en México!

Si yo fuera capaz, escribia una obra que se titulara: "Del carruaje y de su influencia en la sociedad americana."

La sustitucion de la máquina al hombre, es decir, el ahorro del esfuerzo material sustituyéndolo con la máquina, es instintivo aquí, al parecer, desde las clases más embrutecidas. Al presentarse un obstáculo cualquiera, no se lucha directamente, se recurre á la palanca, á la garrucha, á la tenaza, al cordel, muy al contrario de lo que hacemos nosotros, y no por pereza, no por debilidad, sino por amor al éxito; y así como á la navaja le llamo yo el sexto dedo del yankee, al carrito de mano le doy el nombre de su tercer brazo.

Corre con el carrito, palanquea y conduce bultos enormes, penetra al almacen, le arrima al buque, se hace camarada del taller, es como el animal doméstico en el hogar. Doblarse en competencia con la mula para caminar, agobiado bajo un tercio, no lo concibe el yankee, que jamás puede ver ni puede dejar que vea nadie las cosas bajo el punto de vista de la mula de carga.

Esta asociacion de la máquina al trabajo, y no solo al trabajo sino al placer y al lujo, comunica al carruaje importan-

cia vital y le da infinita variedad; es á la vez piés, manos y vehículo, en una sociedad en que la primera aspiracion es el movimiento.

Hay carros pequeños y grandes: constituyen la cuna del niño hecho carretelita, el caballo del muchacho como velocípedo, el esclavo del hombre para sus faenas, su mansion ambulante en el desierto, su palacio en las ciudades, su alcoba y su ataúd.

El carro tiene todas las formas y las figuras más caprichosas, según el objeto á que se destina.

Los hay como inmensos cascos de buques, con sus toldos abovedados cubiertos de lona, y son almacenes de semillas y géneros formidables, descansando en sus dos ruedas; los hay que apenas tienen figura, porque son vigas mal encuendadas, que con una ligera inclinacion tocan el suelo y reciben la carga; los hay como cajas descubiertas, para vituallas y carnes; como pipas para la conduccion de agua y cerveza; como carretelas para pan y leche, con toldo y sin él, con secciones para transeuntes y efectos.

En el campo y en el hogar, el primer signo de independencia y el primer elemento de accion, es un carro, y por consecuencia, un caballo.

El panadero, la lechera, el cervecero, la verdulera, el jardinero, hacen acopio y distribucion de sus frutos en el carro. En él se hace mostrador, se acoge al niño, y se vuelve ambulante la familia.

El modo de descargar un carro es curioso: si se trata del almacen que da á la calle, el carro se vacía inclinándolo; los tercios ruedan y los carritos de mano completan la obra. Si se trata de elevar grandes pesos, entónces, por la azotea ó

por una ventana, asoma el potente brazo de la garrucha, y ascienden, escalando los aires, baúles, espejos, tercios, muebles costosos y cajas de fierro.

Hay fisonomías de carros como figuras humanas; grandes como edificios, cuadrilongos, de figura de cabaña, y de barril, y de sombrero, que sirve á la vez de anuncio de una sombrerería. Así lo ví en Orleans, propiedad del sombrero Lee.

El carruaje se emancipa y se pone al servicio de la sociedad; entónces es la diligencia, el ómnibus, el *bugey*, el faeton, el cupé, la berlina, la calesa y el landó del millonario.

En su estado de diligencia, de ómnibus y aun de coche de servicio, se adiciona su parte superior con bancas, abanicos y toldos, hace el imperial, se traslada el salon al carro, y se ven en las alturas sorbetes, gorritos, sombrillas y paraguas, dando á los cuadros particular animacion.

Si despues de considerar al carro como útil de trabajo, se le mira como asociado á la vida íntima, el carro arraiga al hombre en la familia, le facilita gozar en conjunto, se traslada con ella, niños y grandes recorren juntos la distancia, y van al mercado ó á la fiesta.

Sin exageracion, puede decirse que hay en movimiento en la ciudad más de 18,000 carruajes, sin contarse con los wagones de ferrocarriles urbanos, que la recorren en todas direcciones y se ven á lo léjos como cordon de casas que andan, con excepcion de la calle de Broadway y la Quinta Avenida, que no tienen rieles en toda su extension y forman siempre estrepitoso río de coches, ómnibus y carros.

Me he preocupado yo con los carros, al punto que me

parece que influyen en la seguridad y en la moral de la poblacion.

El transeunte, el vaquero, el hombre ambulante en nuestro país, andan á caballo; el caballo se escurre en la encrucijada y penetra en la sierra, desarrolla las naturalezas inquietas y las hace batalladoras, congrega á los amigos en la taberna en que se concierta el robo y se conspira.

No se puede concebir un asalto con carros. El carro es la fianza del trabajador; en cualquiera desmán, empieza por arriesgar su capital.

El yankee tiene con el carro verdadera intimidad; se da como supuesto que el carrero es el hombre público más accesible y benéfico; andando andando el carro, se trepan los chicos á su grupa y siguen muy contentos su camino; varias veces se ven coronando el carro personas bien vestidas, que llevan negocio con el carrero, ó amigos que sin interrumpirlo le platican.

Omito decir que los carros que tienen paredes y toldos van cuajados de avisos, y que hay carros destinados á este solo objeto.

Ayer, 15 de Mayo, fué un día de carros, y voy á contar á mis lectores con qué motivo, porque la cosa merece detenida descripcion, aunque digan que me divago, porque al fin estas notas no son sino un tejido de divagaciones.

Han de estar vdes. para bien saber, que estos señores del comercio, sin ton y sin són y porque voló la mosca, dispusieron Carnaval á su modo el día de ayer, y dijeron "Carnaval," con el mismo desplante que pudieron haber dicho "Semana Santa" ó "Noche Buena."

Tratábase de la recepción en Nueva-York del *Rey-Carnaval*; planteóse el proyecto, se invitaron á distintas sociedades, ramificóse, hicieron los aprestos y se fijó día. El aparente Carnaval era el disfraz de una feria ó especulación mercantil.

Omnibus y carros entraron en el negocio, abaratáronse los precios de conducción y afluyó la gente, al punto que se calcula que más de trescientas mil almas engrosaron las ya muy nutridas arterias de la ciudad.

La procesion régia debía atravesar por la calle de Broadway, el centro de la ciudad; pero como la calle hace X en su marcha, como si hubiera tomado un trago de *whiskey*, la ciudad entera se interesó en la fiesta. Las calles estaban repletas de gente: en las alturas, en las puertas, en los coches y en las guarniciones de los caballos, flotaba la bandera americana, y en competencia las banderas de todas las naciones del globo, ya acomodadas á las azoteas y ventanas, ya en sartas caprichosas como en un buque, entre las muestras que representan botas, anteojos, zapatos, vasos con cerveza, cachuchas y almofrejes.

No solo la calle de Broadway formaba rios de gente, sino las contiguas, y todas tenían desusada animación.

Esos conjuntos, esas avenidas caudalosas, esas corrientes de á miles de personas uniformemente vestidas de negro, salpicadas de velos, gorros, sombrillas y peinados de las damas, es por sí un espectáculo.

La multitud no es la gente, es un monstruo de miles de ojos, de brazos y de piernas, que impone, que infunde miedo con su más leve agitación.

Caminábamos como en medio del estrépito de muchas

aguas, y no podían fijarse en nada los ojos, porque se desvanecían.

Las mil ventanas de la parte alta de los edificios, blanqueaban de rostros humanos, en los que reverberaban ojos ávidos.

Gradas, cortinas, antepechos, árboles y faroles cubría el gentío con rumor confuso, y la comitiva marchaba con paso uniforme, con cierta seriedad y tiesura, que casi entristecía.

Entre tanto el tráfico cotidiano no cesaba, y las corrientes encontradas de carros no desmayaban en su actividad febril, que constituye un peligro eminentísimo al pasar de una acera á la otra, rozando las ruedas y en contacto con las lanzas de los carruajes y los hocicos de los caballos.

Después de horas de mortal espera, cuando caía á plomo un sol que derretía las piedras y sin hacer los curiosos señal alguna de impaciencia, se anunció la procesion.

Como heraldos de la fiesta, confundiendo en el vulgo de los carruajes ocupados, marchaban tres carros-anuncios de los teatritos de baja ralea, con los que tenemos contraído conocimiento; iban pareados y como en tertulia con otros carros, que improvisaron un concurso ambulante y á la altura de la situación.

Los carros ociosos, no queriendo perder su tiempo, improvisaron, al rayo del sol, tablados y salones ambulantes, y los curiosos, de pié y sentados, con sombrillas y sorbetes, formaron sobre esos carros estrados varios, estrambóticos y raros, pero al nivel de las circunstancias.

Anúnciase al fin la procesion.

Rompía la marcha, á guisa de batidores, una extensa fila de policías con su uniforme azul, montados en soberbios

caballos. El caballo en que iba el cabo que presidía, era finísimo, de raza inglesa, y elegantemente enjaezado.

A corta distancia se presentó el *Rey-Carnaval* en su carretela abierta; dos mites de gregüescos ocupaban la delantera del carruaje; en la testera marchaba solitario el rey, con un vestido como de *podestá*, ó sea bata con vueltas de armíño, y un fieltro de figura de quesadilla en la cabeza, de lo más desairado.

Como escoltando al rey, le seguía numerosísima música, en que los tambores, redoblando desaforadamente, hacían el principal papel.

Comenzó entónces el desfile de más de doscientos carros, uno tras otro, de todos tamaños, interrumpidos por bandas de música y batidores de á caballo.

Eran los carros verdaderas secciones de tiendas, cantinas y talleres; era como si al piso bajo de una de las aceras de la ciudad se le hubiesen puesto ruedas.

Carro de cerveza, con la pipa colosal, manojos de lúpulo, un dios Baco aburrido del sol y dando cada bostezo que se tragaba media calle. Carro con remos y máquina de pescar, como mudando de lugar; artículos de botica, camas, cãtres y colchones.

—¿Qué es eso? decía Pablo, que es un muchacho fanático por México y que les espía á los americanos todos sus defectos, sin concederles maldita la gracia, ¿adónde está la procesion? Eso es que están mudando los almacenes de la Battery á la calle 42?

—Esta es exposicion de industria, propiamente hablando.

—Pero qué novedades hay, qué perfecciones lucen?

—Es *bisnes* (negocio), decía Francisco.

—Carro con aguas minerales.

—Carro con bizcochos y pan.

—Pipas con vinos húngaros.

—Veamos, Pablo, interrumpía yo, contempla una cosa notable: esa que parece torre, que viene ahí, no es sino una inmensa botella de Champaña, un anuncio colosal de ese vino.

—Eso es una sandez de cuatro varas de altura.

—En lo que no se han fijado vdes., y es verdaderamente hermoso, es en los caballos que tiran de los carros y en sus arneses.

Todos los caballos eran muy corpulentos, y algunos de nobles razas; carros han visto vdes. de cinco y seis troncos, y cuatro y cinco caballos, unos tras otros, con sus chilillos de plumas entre las orejas, y sus redecillas de seda y oro forrando las mismas orejas, para que no les molesten las moscas. El que no pueda ser de un yankee su botella ó su portamoneda, debe aspirar á ser su caballo, porque es lo que cuida más en la vida.

—El yankee es amigo del caballo, dijo Manuel; nosotros sus explotadores, si no sus verdugos. No seamos parciales.

Llegó un carro, ó mejor dicho, desfilaron varios carros de vendedores de *thé*.

—Ahora no tendrás que decir.

Reclamaban, en efecto, nuestra atencion tres carros de la Compañía del *thé*, con mandarines y comerciantes chinos, vestidos perfectamente, con sus trages talares de riquísima seda; por supuesto, los hijos del Celeste Imperio, de ojos azules y patillas rubias, no chistaban palabra y tenían la gravedad de los asistentes á un entierro.